

◆ JOSÉ JAVIER VILLARREAL

NO ME PREGUNTES
CÓMO PASA EL TIEMPO

FISONOMÍA DE UNA

RELECTURA

*Aprovecha el instante
porque el futuro no nos pertenece.*

Horacio (aproximación de José Emilio Pacheco)

Desde este *carpe diem* se decide una poética, una manera de explorar y percibir la realidad. Pero en este vivir el momento se cifra el peso de toda una eternidad que “se vuelve instante de oro”. La noche, como espacio del prodigio, se impone. No sólo la recibimos junto con su legado, sino que vemos entre sus sombras, junto al movimiento de las cortinas que produce el cuerpo que tiembla tras ellas y que está

a punto de recibir la vengativa estocada de Hamlet, o a partir de ese extraño resplandor que se levanta del lecho donde Gertrudis ha acariciado la atribulada cabeza de su hijo, las figuras que más que hombres son literaturas.

Saberse parte del círculo de Mecenas; saber que la República ha dejado de ser y que ahora se impone el Imperio de Augusto. El tiempo no se detiene y el Tíber fluye seseante entre los edificios que representan y avalan



NOS EXPONEMOS A LA MIRADA DE JOSÉ EMILIO PACHECO QUE NOS LLEVA A LA MINUCIOSIDAD, A ESA VOLUNTAD DE CONTARLO Y CANTARLO TODO, O CASI TODO.

el poder. Horacio canta a la patria; Virgilio, la canta desde sus entrañas humeantes. Juvenal la observa a una prudente e irónica distancia. El poeta es el vate; aquel que no sólo es la voz de todos, sino que también es su conciencia; la “mala conciencia de su tiempo”, como afirmara Saint-John Perse.

He comenzado de noche porque José Emilio Pacheco nos cantó sus elementos (1963). No sólo sus elementos,

sino también el tono de la elegía, la del dolor, pero también la del miedo; ésa que está condenada a una vigilia que no olvida. Hago una digresión y tropiezo, un día leo “Las ruinas de México” (1986) y atravieso el páramo de la ausencia, del no estar ahí; ese sentimiento vulnerado por la culpa. Otro día leo *El reposo del fuego* (1966) y asisto a la intemperie del dolor, de la pena que, desde adentro, explota y lo cubre y señala todo. Pero es de noche; siempre es de noche. Y el día —al autor— se le ha vuelto árbol de luz, frontera, muro y columna. Porque de noche se cierra el libro que se ha leído durante el día; porque horas antes de que amanezca se concluye aquel otro que se inició por la tarde; porque lo imagino como al joven Giacomo Leopardi tumbado en su diván devorándolo todo. Sin embargo, el día también ejerce e impone sus condiciones. José Emilio Pacheco, como Quinto Horacio Flaco, es seducido y violentado por el devenir de la urbe. La polis se le vuelve su objeto de deseo; es la musa que también fascinó a nuestros poetas románticos, el continente simbólico que englobó a la patria modernista; la de Urbina, entre las dos aguas; la del Duque Job, en el centro mismo de la corriente modernista. Después llegaría la patria de Ramón López Velarde, la posrevolucionaria; la que aún hoy —en la segunda década del siglo XXI— nos sigue afectando desde su presencia ausente.

Nos exponemos a la mirada de José Emilio Pacheco que nos lleva a la minuciosidad, a esa voluntad de contarlo y cantarlo todo, o casi todo. La literatura es memoria y selección. No podemos narrarlo todo ni podemos encauzar la memoria en una sola vertiente. Ésta obedece a reacciones, a lógicas, que no dominamos, pero sí sufrimos; condiciones del misterio, misterio en sí mismo, que nos hace atender esto y no lo otro; ser selectivos a pesar de nosotros mismos. En este nivel —de lo ingobernable y epifánico— se destaca un libro como *Irás y no volverás* (1973), un rompecabezas que, desde lo menudo, lo hecho con las manos (con arte), va construyendo un friso donde lo cotidiano, el tono conversacional, no se confunde con lo prosaico. Ahí, en esa armazón, percibo las formas varias del poema breve, la contundencia de la imagen, el reino de lo implícito sobre lo explícito que pareciera ser la razón del poema-libro, pero no lo es; es tan sólo un recurso para revelar el eco del poema, de lo poético, que dialoga con lo que se sugiere, con las campanas que siguen repiqueteando

JOSÉ EMILIO PACHECO NOS ENFRENTA A LA METÁFORA DEL RÍO; Y ES AHÍ, PRECISAMENTE, EN ESE ETERNO TRANSCURRIR, DONDE ENCUENTRA AL OTRO, A SU ENEMIGO, QUE TERMINA POR RECONOCER EN SÍ MISMO.

después de que se ha cerrado el libro. Ahora, José Emilio Pacheco está muy atento a ese concierto que no sólo viene de las voces de la poesía norteamericana (Kenneth Rexroth o Robert Lowell); porque lejos de confesar, revela. El tono se hace fuerte, más fuerte, en ese airón de la poesía sudamericana que le es estrictamente contemporáneo, el de Antonio Cisneros y Enrique Lihn, por citar dos de los principales y más cercanos interlocutores.

II

y sólo nuestros sueños no han sido humillados.

Zbigniew Herbert (aproximación de José Emilio Pacheco)

El yo dramático, protagonista, que vemos, oímos y sentimos en los cármes de Catulo; el mismo que nos hermana mundos opuestos en los sonetos de Quevedo; el memorioso de Borges con sus enumeraciones y sus rotundos finales se hace presente en *Miro la tierra* (1986). La mirada tiene aquí un tono que subraya la sonoridad para conferir una perspectiva emocional a aquello que se ve y canta. Catulo se duele, Quevedo está a punto de retirarse a su letrada torre ante el paisaje humano que lo rodea. Borges se resigna ante un pasado glorioso, militar, que no le pertenece y un presente que lo atosiga y desgasta. José Emilio Pacheco nos enfrenta a la metáfora del río; y es ahí, precisamente, en ese eterno transcurrir, donde encuentra al otro, a su enemigo, que termina por reconocer en sí mismo. El río crece en esa tradición que parte de Horacio, pasa por Quevedo y desemboca en Pacheco. Pero este río que “permanece y dura” y

todo lo desgasta y evidencia; este río histórico que rumia su materia y al cantar nos descubre; este sesgo reflexivo del poema, también le llega desde el afluente de un Zbigniew Herbert o de un Vladimir Holan. El río corre, pero la secuoya permanece con sus círculos que constituyen su propio tronco, el monumento del tiempo, el texto en minúsculas de una historia que el hombre se empeña en escribir con mayúsculas. En el siglo XVI Hans Holbein el Joven compuso un “Alfabeto de la muerte” conformado por 24 letras mayúsculas abigarradas y apocalípticas. Era amigo de Erasmo y había ilustrado su ejemplar del *Elogio de la locura*; además retrató a su autor en cuatro ocasiones. Hay una tradición crítica y moral de horizontes muy amplios que eclosiona en los márgenes de cauces que se señalan —aparentemente— en diferentes o distantes geografías. Ahora estoy pensando en Czesław Miłosz, pero también en la ironía de un Joseph Brodsky. La poesía de José Emilio Pacheco guarda un diálogo dinámico con estas poéticas; pero su concreción, la limpieza retórica de sus poemas breves; esa pasión por el dardo epigramático no sólo descansa en la tradición latina, sino que se adereza con ese Siglo de Oro, con ese último Siglo de Oro, donde Baltasar Gracián deja su impronta desasosegante en la brillante curiosidad creativa de Sor Juana. Y José Emilio Pacheco está muy atento de la tradición que lo sostiene.

La mordacidad, el autoescarnio. Ese haz de luz que más que iluminar muestra y desnuda una realidad; la realidad del poema que leemos al leerlo. Esta preocupación adquiere —en la poética de José Emilio Pacheco— pesos de reflexión histórica, de autoanálisis, de purga con o sin moraleja, de acto de conciencia, que escudriñan el tiempo presente; un tiempo presente determinado y constituido por un tiempo pasado que no cesa de cuestionarlo. Pero el tiempo presente también cuestiona al tiempo que lo precede en un dialéctico espejeo crítico implacable, riguroso, que descubre su propia retórica en el poema; esa pasión crítica que desde la Ilustración se ha introducido en la literatura —de manera consciente y continuada— como medio, lente, desde el cual realizar la autopsia del cadáver social. Ahora me da por pensar en los fabulistas y en la poesía insurgente americana del siglo XIX que José Emilio Pacheco estudió con particular y propositiva lucidez.



*El fin del mundo ya ha durado mucho
y todo empeora
pero no se acaba.*

José Emilio Pacheco, *El fin del mundo*

Cuando hablamos de una retórica hablamos de una pasión, de un lenguaje —en este caso— que se inventa a sí mismo, por medio, o gracias, a esa pasión que exige ser expresada en ese determinado lenguaje que será el estilo, la letra, de ese escritor y no de otro; es decir, su pasión creativa, su forma de respirar y contemplar el mundo.

Al releer, y esto en sí mismo siempre encierra un misterio inquietante, un libro como *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969) o *Islas a la deriva* (1976), que compré ese año o a principios del siguiente en la Librería Universitaria, de aquí de la Universidad, en los bajos de Rectoría, recién llegado a Monterrey, se me aparece un escenario tan nebuloso y cargado de presagios como la primera escena de la película *Macbeth* de Roman Polanski, producida en 1971 por *Playboy*. Entro de lleno al acto V de *Hamlet* y me encuentro con los dos patanes-payasos-sepultureros que cavan (uno adentro, otro afuera) una tumba; no sólo cavan, sino que también cantan y su tono juguetón y amargo, cínico y mordaz, me adentra en otra tradición que gotea sus ojos que se han trocado en perlas en la anatomía de la poesía de José Emilio Pacheco: la *Totentanz*, la Danza de la Muerte.

Es cierto, la fugacidad no cesa y es la vida misma. Hay que vivir el momento como si fuera el último; no obstante es de una prudencia extrema intentar el justo medio que nos lleva a ser políticamente correctos. Y si además logramos atisbar la felicidad en aquello que se nos concede, nos convertiremos en beatos dichosos que, de manera discreta y humilde, recorreremos la vida —ese valle de lágrimas— con una pequeña sonrisa en los labios y una lucecita de paz allá, en el fondo, muy al fondo, de la pupila. Pacheco leyó y relejó a Quevedo y con él a toda la tradición que lo conforma; sin embargo, supo ver entre la ruinas de Roma, donde no encontró el destello del Imperio ni a Roma misma, un Tíber que permanecía, sí, pero sumamente disminuido y contaminado. Pacheco al leer a Quevedo vio que no había sitio en donde fijar la vista que no fuera presencia

de la muerte. La vida pasa, el tiempo pasa, pero esa fugacidad nos disminuye, enferma y aniquila. Ya nada es lo mismo, ya nada es lo de antes. Esta fugacidad nos mina y deteriora, todo se acaba, todo está señalado por un camino “que va a dar a la mar que es el morir”, por citar a otro autor, Jorge Manrique, tan presente en la tradición poética de José Emilio Pacheco. La fugacidad entonces está trazada y coronada por la muerte; se trata en realidad de una Danza de la Muerte que todo lo iguala, lo relativiza y obliga a ver desde ese ángulo implacable. Se trata de que nos estamos muriendo, de que aquello que “permanece y dura” también se cansa de permanecer y durar. La calidad de vida se empobrece junto con el mundo donde ésta transcurre. Desde esta óptica aparece un tono estético, moral, social que atreve una reflexión cruda y nada concesiva que obliga a una expresión que la delate, que la presentifique. Estamos ante una retórica, una forma de respirar y contemplar el mundo.

La tradición poética de la Danza de la Muerte se remonta a finales del siglo XIII, pero no acaba; segrega una retórica que, a su vez, segrega una estética que, a su vez, segrega una forma de contemplar y respirar el mundo. Un mundo apocalíptico desde donde se ejerce una crítica moral que evidencia una crítica social. La muerte no sólo relativiza todo, sino que nos iguala y nos sitúa en un devenir incesante que denominamos historia, y ésta, la historia, se convierte en el blanco del poema. El poema se escribe en minúsculas, las historias cantadas, las imágenes, apelan a pequeños episodios que van configurando un fresco enorme dónde contemplarnos desde una única perspectiva o punto de fuga que es, precisamente, la fugacidad que nos va preparando para el olvido, para la muerte. Gracias a esta conciencia, a esta oscuridad que nos rodea y que no podemos cuestionar, es como nos es dado, en esta poética, y desde esta poesía, ver crecer un fuego que no cesa ni disminuye pese a todo, o gracias a ese todo que le es permanentemente adverso. Las estrellas sólo las vemos de noche, y a mayor oscuridad mayor brillo.

*Fracasé. Fue mi culpa. Lo reconozco.
Pero en manera alguna pido perdón o indulgencia.*

Eso me pasa por intentar lo imposible.

José Emilio Pacheco. Despedida